



busto y finalizando con un rosario de infortunados padecimientos.

Inmediatamente pensé, un tanto malévolo, que era una pena que no le hubiese traspasado alguna dolencia a su hija para pedirle que mostrara algo de su anatomía.

Por fin la señora acabó y con cierta suficiencia y mirada aviesa, me espetó:

- Usted viene por algo del hígado seguro, si lo sabré yo... por el color de su cara tan pálida.
- No...no, vengo a por recetas para mi mujer. – Le respondí.
- Quien lo diría, su aspecto es de hepatitis.

Otra señora, que había permanecido muda, pero atenta a la conversación apostilló:

- Yo estuve muy malita del hígado y empecé con un aspecto así de amarillento.

Me asaltó un súbito temor unido a una ligera sudoración.

- ¡El veintinueve! – Llamó la enfermera entreabriendo la puerta de la consulta.
- Nosotras, vamos que ya nos toca.
- ¡Que mujer! dije para mi, con cierto odio, y ¡vaya hija! pensé picaron.

El tiempo que siguió continuo de conversación tormentosa y la señora del problema hepático no cejó en su empeño por explicar sus síntomas, finalizando en un tono de voz más bajo.

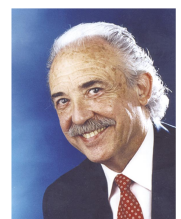
- ¡La verdad es que yo le he dado siempre al anís!

Lo deseaba con todas mis fuerzas más que en la sala de un bingo a punto de hacer pleno, por fin el ansiado número treinta y dos fue cantado; entré, el doctor me saludó y me dijo:

- Aquí están las recetas de su esposa...

Le interrumpí y con tono asustado le dije:

- Doctor creo que tengo algo en el hígado... ¿me podría examinar?



Era por la mañana y aunque les cubría un toldo, esté tenía alguna que otra rendija en su vetusta lona, que dejaba penetrar los rayos del sol como focos de dorada luz que iluminaran un rutilante escenario de frutas y hortalizas en aquellos días de marzo, acariciando ya las invisibles puertas de la primavera. Los productos del campo perfectamente expuestos a la entrada de la tienda se mostraban ante los ojos del visitante con toda la fuerza de sus atractivos colores, aromas e insinuante sabor para los paladares más exigentes.

Dentro de una bandeja de tomates se encontraba junto a otros compañeros “Pichín” mostrando su lado más rojo y seductor.

Un cliente del establecimiento compro unas berenjenas vestidas de semana santa con capirote verde, dos despeinadas lechugas, un kilo de tomates entre los que se hallaba “Pichín” y unos pecosos plátanos canarios. Todo en bolsas individuales se introdujo en una de mayor tamaño que el señor se llevo.

De esta guisa “el tomate parlanchín” fue testigo de lo que durante las horas siguientes le sucedió al hombre entrado en años, que marchó con su compra...

* * * * *

- Buenos días.
- Buenos días – contestaron a coro la mayoría de los allí presentes, tome asiento y deje la abultada bolsa de la compra en la silla contigua.
- ¿Qué número tiene usted? – me preguntó una señora regordeta que estaba enfrente.
- Yo... el treinta y dos.
- Le toca después de aquel señor mayor de pelo blanco – indicó señalando con el dedo a uno de los pacientes.

Este hizo un gesto de aprobación con la cabeza, y luego siguió un silencio que de nuevo rompió la señora entradita en carnes.

- Viene al doctor Navarrete ¿verdad?
- Si – Contesté.
- Pues es un santo, vale mucho este médico, mire, a mi me salían unos hematomas en la pantorrilla...

Mientras hablaba se arremangó la falda y mostró sus piernas, efectivamente con algunas tenues moraduras.

- Pues esto no es nada comparado con lo que tenía y él con una medicación, me lo está curando.

El señor que estaba a mi lado, confirmó el aserto sobre el doctor, explicándome que él había tenido un problema de estómago difícil, con hemorragia y un sinfín de síntomas que te ponían los pelos de punta al escucharlos.

- Hoy me encuentro como una campana, gracias al Dr. Navarrete – certifico con una amplia sonrisa.
- Que bien... ¿verdad? – me atreví a comentar.

Hubo otro silencio que aproveché para leer los carteles con recomendaciones ilustradas que figuraban pegados en las paredes de azulejos. Encontré uno sobre los síntomas de la diabetes, justo detrás de la señora de las moraduras, pero en lo que más reparé fue en una guapa y joven mujer que estaba sentada a su lado con actitud ausente. Su bello rostro y sobre todo sus ojos rasgados de un limpio color verde aceituna, eran difíciles de mirar sin sentir una ligera turbación.

Armándome de valor, me atreví a preguntarle:

- Y a usted señorita... ¿Qué le pasa?
- A ella ¡nada! Es mi hija que me acompaña – se apresuro a responder la charlatana señora.
- Pero a mi deje, deje... que no le he terminado de explicar, me ha salido un sarpullido por todo el escote, vea, vea... – me indicaba enseñándome medio